

RICHARD J. NEUTRA



¿cómo hacerse arquitecto?...

100 - 33

He conocido muchos profesores maravillosos esparcidos por las Escuelas de Arquitectura de todo el mundo, y que constituyen magníficos ejemplos de seres humanos totalmente entregados a la enseñanza, en continua lucha con los alumnos, dotados de una constancia y tenacidad compleja. Junto con sus alumnos, ellos saben, aunque ellos no pueden, que deben trabajar, principalmente, sobre el objeto real de estudio: el cliente de carne y hueso. Más tarde, en la vida profesional, se encontrará con él y apreciará cómo siente su confianza o, por el contrario, duda de sus criterios.

Si un cliente expone dudas, surge una peligrosa grieta en su confianza inicial y le nace la preocupación una y otra vez durante los treinta años siguientes a la construcción de su edificio, obsesionando su futuro. Nunca debe considerarse esta preocupación como una tontería causa de risa. El alumno debe estar preparado, en primer lugar, para sentir y dialogar cálida y cordialmente con él. Las dudas y el espíritu "depresivo" están mucho más justificados que una postura inicial optimista, de "maníaco" buen ánimo.

El joven arquitecto debe aprender a ver con sus propios y penetrantes ojos al verdadero y, a menudo, infantil "buscador de consejo", que lleno de esperanzas e ingenuamente se aproxima a él y que, en momento de intimidación, incluso con cierta petulancia, confiesa que "él sabe perfectamente lo que desea". Pero no cabe duda, que más tarde, caerá en un estado de postración, si no encuentra la ayuda de alguien que le encauce y confirme sus propios pensamientos. Admitamos—desde un principio—que, dada su humana naturaleza, esta frágil consistencia es muy lógica. Por ello, el alumno debe acostumbrarse a observar, no sólo a su posible cliente, sino también a otras personas que no están completamente en su sano juicio. Un "aprendiz" que trabaja en mi estudio conmigo y con mis colaboradores, contrariamente a un "alumno" de una Escuela de Arquitectura, es probable que nunca haya recibido una formación teórica ni oído una amplia y autoritaria charla didáctica. Pero su superior es visto por él, y comprendido por él, más

que oído. He observado, en el reducido ambiente de mi propia experiencia de lucha, que con frecuencia, en la inquieta actividad de un compañero de trabajo más viejo, se acusa una mayor experiencia y no, por ello, una mayor preocupación por el detalle. Esta es una manera interesante de transmitir "un modelo productivo, nervioso y endocrino", de aquel que empezó años atrás, al que empieza ahora.

Cierto o equivocado, el profesor a la antigua usanza estaba demasiado frecuentemente considerado como un Pontífice; como un "libro parlante" que lo contiene todo estáticamente entre unas cubiertas buenas o formidables. El maestro de taller, al contrario, es seguramente un hombre enterado, dinámica y emocionalmente y con responsabilidad de obra. El aprendiz aprende, de esta realidad, las inquietudes del maestro; como vencer—paso a paso—las dificultades; hacer su investigación propia y necesaria y emplear el esfuerzo para coordinar experiencias y tomar en cada caso un partido determinado con libertad de acción. Aquí no hay nada teórico. El aprendiz se forja y se hace en su convivencia con un compañero activo y admirado, siguiendo un proceso que nunca puede producirse de igual modo en una clase.

Este proceso no es una invención nueva, sino una práctica de los últimos diez mil años, desgraciadamente demasiado descartada por las escuelas regulares, lo que constituye una verdadera novedad que hace que los Centros de enseñanza estén incompletamente desarrollados pese a sus espléndidas dotaciones. Digo esto, refiriéndome al caso de Norteamérica, país en el que, no obstante los miles de millones de dólares gastados oficialmente en ello, y a pesar de las diferentes y maravillosas personas captadas al sistema, el problema sigue sin resolverse.

El director de una Escuela es un maestro real de benevolencia, no como usted o como yo en clase por muy buenos muchachos que hayamos podido ser. En cambio, el director de una industria en marcha es un ser humano que sufre y lucha en continuas dificultades y que algunas veces triunfa técnica o económicamente bajo una presión específica que nosotros, de muchachos, deseamos aprender para dirigir a nuestra vez. Esta comparación constituye un "ejemplo" evidente. El alumno, generalmente, no desea llegar a ser un profesor ni imitarle en sus actividades profesionales. Al contrario, le compadece y capta como sus preocupaciones se centran, en muchos aspectos, en los propios alumnos.

La dificultad de aprender de un maestro de escuela y la facilidad con que se aprende de un jefe artesano de una industria es explicable cuando nosotros comprendemos que lo que atendemos en el segundo caso son procesos nerviosos, de los que se deduce un modelo orgánico de conducta, que podemos observar en un médico o en un abogado, que, a pesar de su larga experiencia, muestra todavía una clara aptitud dinámica que le hace aferrarse a su tarea. Nosotros aprendemos su "ordenación" de actividades fundidas, como diría el psicólogo experimental.

El aprendiz, participando y compartiendo, nunca penetrará completamente en los sentimientos de inferioridad y decaimiento de un estudiante, que, con temor o con un resentimiento injustificado, pueda escuchar lo que le han dicho "lecturas del maestro", a quien se ha reputado como "magister" y "disciplinador" de todas estas centurias. El aprendiz como el "aprendiz de brujo", piensa pronto que lo sabe todo, en un alarde de optimismo que se le escapa de las manos; pero como la mayoría, su optimismo le impulsa a obrar mejor que el sentimiento de inferioridad. Este estado lleno de dudas de nuestra civilización lo ha traído consigo el sistema de enseñanza, quizás por excesivas indulgencia y credulidad en las escuelas. Afortunadamente, yo creo que dichas escuelas marchan mejor cada año, por regla general, ya que el suplemento por aprendizaje ha encontrado un cierto favor.

He leído, aunque nunca estuve plenamente convencido de ello, de que nadie ha sido capaz de sacar nada en claro de esto. Los jóvenes que me vieron sufrir en mi trabajo diario, aprendieron mucho más que de meras lecturas. Los apremiantes e ineludibles negocios masivos en la educación, pueden ser la causa de todos estos nocivos abandonos de una práctica largamente probada. Debemos, pues, disciplinar a millones, ya que todavía queda notablemente invertido un vasto sector de la humanidad, desde el profundo sur al lejano norte, desde el alejado oeste al más distante oeste.